

jefe con un puñal en la mano; y márchate, que no quiero saber tu nombre, porque en un acto de debilidad podría vengarme.

El soldado salió temblando.

—En cuanto á vd., señor capitán, la ley lo castigará con el suplicio destinado á los cobardes asesinos.

El capitán fué fusilado á pocos días.

Después de este acontecimiento, Terán tuvo multitud de lances de guerra; pero ya la fortuna se había cansado de protegerlo: sufrió una derrota, y experimentó crueles padecimientos en la expedición que intentó á Goatzacoalcos.

Después de reñidas y desastrosas acciones, capituló en 21 de Enero de 1817, con Bracho; y éste entró en posesión de Tehuacan y Cerro Colorado, que eran los puntos más fuertes de los insurgentes. Terán, despreciando con la dignidad de un héroe, las ofertas que por parte del gobierno español se le hicieron para colocarlo á él y á sus hermanos, se retiró á Puebla, donde vivió algún tiempo en la oscuridad y en la pobreza, convencido de que son humo esas ambiciones y sueños que los hombres apellidan gloria; pero nunca arrepentido de haber luchado con tanta constancia, valor y honradez por la causa de México.

V.

Como este artículo es solamente un recuerdo de uno de los militares más valientes, sábios y honrados que ha producido México, se me permitirá trasportarme hasta la segunda época de su vida, que comienza el año de 1827, en que nombrado comandante general de Provincias Internas, salió de la capital de la República á llenar la misión impuesta á su talento, ya que había cumplido la que Dios le señaló á su valor, en la lucha de la libertad de la porción más hermosa del mundo de Colon.

El general Terán, porque ya entonces era general de brigada, partió, pues, con el placer de que dejaba tras sí esa multitud de partidos, ese palacio de México, donde como en una caldera hierven los odios y las pasiones políticas, y que iba á sustituir á las imágenes sangrientas y horrorosas de la guerra, las dulces contemplaciones de los astros del cielo, y de los prodigios de la tierra. No se equivocó: las Provincias Internas no habían experimentado muchos vaivenes en tiempo de la guerra de independencia, así es que, en el año de 1827 todavía se encontraban con esa rústica moralidad, con ese candor primitivo de las colonias, con esa paz interior, con esa calma y tranquilidad que tanto simpatizaban con un hombre que buscaba ya sus ilusiones en la ciencia, y que cansado de combatir á tantos enemigos, de destruir

tantas intrigas y de lidiar con todo género de caprichos y de pasiones, solo queria la sincera amistad de los libros y el silencio de las aldeas.

Matamoros entonces no se hallaba como hoy, con un primoroso edifi cio en la plaza, (1) con una calle elegante, (2) y con una multitud de mejoras y reformas; pero en cambio, el comercio era mas activo, la usura no se conocia, y las muchachas bellas, frescas, lozanas, que pueblan las orillas del Rio-Bravo, bailaban candorosas, risueñas, alegres, casi todas las noches, en la puerta de sus felices jacales, al son de una tambora y un violin. Esto era precisamente lo que queria el general Terán, una poblacion nueva, sencilla, pacífica, á quien crear, proteger y engrandecer. Las tierras fronterizas del Norte, tienen siempre encima la horrible plaga de los salvajes; así es que la felicidad y la calma de aquellas vastas soledades, venia de vez en cuando á ser turbada por el silbido de un pito, por los ladridos de los perros, ó por la fuga de la caballada, todo lo cual era seguro anuncio de la aproximidad de aquellos hombres del desierto, que eternamente se vengán de los ultrajes que reciben, y del menosprecio con que nosotros, hombres de frac y levita, los miramos. Pero el general Terán procuró en el acto reorganizar las compañías presidiales, animar á los vecinos y poner cuantos medios estaban á su alcance para restablecer la confianza y asegurar la existencia de las familias, apartadas en los bosques y desiertos de la frontera. Esto era obrar como un padre, y no como un comandante militar.

Por lo demas, fué una era de felicidad que recuerdan con ternura los habitantes de Matamoros. La tropa que tenia á sus órdenes el general Terán, no era altanera y viciosa; no se mezclaba jamás en los asuntos y querellas del pueblo, no robaba ni el oro, ni la castidad en las mujeres, y cumplia del

(1) La casa de la Sra. D^a Juana Garza de Perea.

(2) La llamada del Comercio.

todo con el objeto de su institucion. No es exageracion lo que voy á decir, porque hay todavía muchos testigos que pudieran desmentirme. En Matamoros y en las villas se dormia con las puertas abiertas, y ni un solo pañuelo se perdia.

En cuanto á Tejas, ¡oh! Tejas era la adoracion del general Terán. Aquellas vastas y verdes llanuras, aquellos bosques de nogal y roble, aquellos rios, anchos, magestuosos, á la vez que risueños, eran su encanto y embeleso. No hubo rio que no sondeara, bosque que no reconociera, floresta ni playa que no hubiera visitado. Lo acompañaba en sus expediciones el coronel Noriega, que era su secretario, y los individuos que componian la comision de límites, que eran D. Constantino Tárnava, teniente coronel de ingenieros y exelente matemático; D. Rafael Chowell, hermano de ese héroe jóven que fué mandado decapitar en Granaditas, y D. Luis Berlandier, conservador del museo de Ginebra, y que por amor al general Terán y á esos fértiles campos de Tejas, renunció su carrera y sus derechos de ciudadano suizo, por tomar los de ciudadano mexicano.

Quien hubiera visto á esa reunion de hombres civilizados, vagando por los desiertos y entre las tribus bárbaras, les habria tenido compasion. Pero no; estos hombres con sus telescopios, con sus teodolitos, con sus sestantes, con sus libros y cálculos, eran felices, y muy felices, descubriendo nuevas familias á las plantas, nuevas clases á los peces; y encontrando en la hora de la salida del sol, en el medio dia, en la tarde, en la noche, nuevos atractivos y nuevas ilusiones en la naturaleza y en los cielos.

Todas las veces que yo he platicado con estos señores, los he visto casi llorar con el recuerdo del general Terán y de esas academias literarias y científicas en medio de los bosques y desiertos de Tejas; y en las diferentes posiciones que hoy guardan en la sociedad, he conocido que cambiarian gustosos su tiempo presente por el pasado, y volverian á errar por esas vastas y hermosas soledades. En efecto, llegar á un país vírgen, ser el primero que comprende y que ve los

encantos de una naturaleza hermosa ó ignorada, plantar los cimientos de una choza, sembrar los pequeños arbolitos al derredor, criar, educar, por decirlo así, á la tierra salvaje, es una clase de ocupacion tierna, interesante, y que no se puede comprender mas que por aquellos que ejecutan estas empresas.

Y no se diga que el general Terán vagó sin utilidad ni objeto por las Provincias Internas. Cada paso que daba, era una observacion. Levantó planos, formó itinerarios, marcó exactamente el curso de los rios, sondeó las barras y bahías, indagó las costumbres y usos de las numerosas tribus bárbaras que viven en Tejas; fundó poblaciones, dictó ciertas reglas para el manejo de los colonos que existian; concilió los intereses de éstos con los de los mexicanos, y proveyó cuanto era posible en un país nuevo, á las necesidades y seguridad de los que lo habitaban. El general Terán fué en la extension de la palabra, un sábio como Arago, y un político como Guillermo Penn. No me atrevo á decidir cuál sea la época mas gloriosa del general Terán, si la de sus trabajos militares en Oaxaca, ó la de sus trabajos científicos en Tejas.

En Setiembre de 1829, luego que supo el desembarco de los españoles en Cabo-Rojo, voló á su encuentro, sin que tuviese aun orden para ello, pues comprendió que un soldado no necesita de órdenes, cuando el enemigo exterior invade el suelo de su patria.

Bien que como es generalmente sabido, la fuerza del génio y el valor de la fortuna dió al general Santa-Anna el completo triunfo, Terán tuvo mucha parte en tan honrosa y completa victoria. Sus medidas prudentes y enérgicas, su oportuna situacion en el paso de Doña Cecilia, su denuedo y sangre fria, contribuyeron á dar á conocer al enemigo, que por mas desorganizado y dividido que estuviera el país, habia soldados valientes, aleccionados ya en la guerra, y jefes que con entusiasmo estaban decididos á recoger los verdes laureles de una victoria, ó á exhalar por su patria el postrer aliento en las solitarias playas del Golfo. Fué sin duda Dios

que se apiadó de la suerte de México, el que preparó se reuniesen en Tampico dos generales que con opuestos elementos y disposiciones para la guerra, afianzaran para siempre la independencia de la República.

En cuanto al general Terán, grabó en esta jornada el penúltimo y mas glorioso capítulo de su vida. Su espada no habia de desenvainarse ya, sino para herir su propio corazon.

Despues de firmada la capitulacion y tranquilizada perfectamente aquella parte del país, regresó á Matamoros, y siguió, segun entiendo, en sus expediciones á Tejas y en sus indagaciones y progresos científicos. Juzgo que los dos años que trascurrieron desde la accion de Tampico hasta su regreso á Padilla, fué feliz, si es posible que el hombre sea feliz luchando con esta mísera y caprichosa naturaleza humana. Si juzgamos aparentemente, un hombre que lidió como un valiente por la libertad de su patria, que mantuvo constantemente su dignidad y energía, que se conservó limpio y puro en medio de la corrupcion política, que siguió á la independencia, y que habia empleado el último tercio de su carrera en las sabrosas ocupaciones de la ciencia, parece que debia encontrar grandes motivos de satisfaccion y de tranquilidad. Pero no era así, como veremos.

A fines del año de 1831, se hallaba por las haciendas de los Sres. Quinteros, en Tamaulipas, y entretenia una correspondencia con algunas de las personas mas notables de México. Un trozo de una carta que dirigió al Dr. D. José María Luis Mora, da á conocer sus ideas. (1)

“Yo no soy político, ni me gusta esa carrera, que no trae sino cuidados y enemistades: mi profesion es la de soldado, “y mis gustos son por las ciencias que proporcionan una vida pacífica, instructiva y agradable. El tiempo que ha tras-

(1) Véase la página LXI del tomo primero de las obras sueltas de D. José María Luis Mora.

“currido desde el año de 1828, que me separé definitivamente del torbellino político, ha sido para mí el mas útil y agradable, porque he aprendido mucho y porque nadie puede quejarse de mí: mis enemigos han olvidado sus pretendidos agravios, y mis amigos me han conservado su estimacion....”

Es imposible dejarse de estremecer al copiar estas líneas y reproducir estos pensamientos. ¿Cómo un hombre que tenía tan íntima conciencia de su honrado manejo político, se suicidó en un desierto, sin querer escuchar en sus últimos momentos ni la voz de sus amigos, ni las oraciones consoladoras de la religion? Esto no prueba mas sino lo incomprendible que es la naturaleza del hombre; y que ya sea político, ya literato, ya científico, debe dejar en su corazón ciertas dosis de ese bálsamo consolador de la religion cristiana, que lo sostiene y alivia de los dolores que causa en su alma la maldad é inconsecuencia del mundo.

VI.

Ya que es preciso llegar al fin de mi artículo, lo haré antes que la paciencia abandone á los lectores. Si fuera una novela, sin duda alguna no mataría á mi héroe; pero como escribo con la historia en la mano, y delante de testigos, fuerza es ajustarme á la verdad.

Amaneció en Padilla el día 2 de Julio de 1832, diáfano, radiante, hermosto. El cielo estaba azul; los árboles verdes,

los pájaros bulliciosos, alegres en demasía, el rio cristalino, las flores amarillas, haciendo brillar en su cáliz las gotas de rocío, las cañas balancéandose suavemente al impulso de una brisa fresca. Todo respiraba vida, todo daba evidentes señales de que el aliento de Dios habia llegado á la naturaleza. Solo dos cosas formaban contraste con esta escena; y eran, el pueblo de Padilla, solitario y apático, con sus casuchas destruidas y sus cenicientos paredones de adobe, y el alma del general Terán, agobiada con el fastidio, y devorada por una idea fatal, diabólica.

Salió de la casa en donde estaba alojado, que era la misma donde habia pasado Iturbide sus últimos instantes, y se dirigió á las orillas del rio. Allí vió aquella calma de la naturaleza, aquella dulce melancolía de la soledad; y agitado con su funesta idea, se quedó inmóvil como una estatua. A poco salió de su meditacion y exclamó:

—Soy un hombre desgraciado, y los desgraciados no deben vivir sobre la tierra! Sonrió amargamente, y se alejó á pasos lentos de las frescas orillas del rio.

¿Por qué era el general desgraciado? Quién sabe. Por la misma razon que es desgraciado el magnate sentado en una silla de terciopelo y oro, recibiendo los inciensos y las lisonjas de los cortesanos; el rico lleno de lujo y de esplendor, y el jóven que gasta su vida entre el vino y las orgías. En cuanto al general Terán, podremos ver algunas de las causas que lo tenían disgustado.

Al retirarse del rio, se encontró con su secretario el coronel Noriega, y con un semblante risueño lo saludó.

—Juzgué, mi general, que pudiera vd. haber venido por aquí, y me dirigí á encontrarlo.

—En efecto, la mañana está hermosa, y las orillas del rio bastante frescas. ¿Ha ocurrido algo de nuevo?

—Nada, absolutamente.

—Bien, iremos á almorzar, aunque no tengo mucho apetito.

Los dos se dirigieron á la casa, y el general almorzó con tranquilidad.

Guardó un rato de silencio, y á poco dijo en tono melancólico:

—Estamos muy mal: el horizonte político se oscurece cada vez mas, y el resultado va á ser la pérdida de Tejas; de Tejas, coronel, donde tanto hemos trabajado, donde nuestra cabeza se ha encanecido recorriendo sus bosques y sus florestas. ¡Oh! Daria yo mi vida entera porque en México conocieran cuán hermosa y fértil es esta tierra. Pero nadie se acordará de ello, porque con verdad, los hombres por allá tienen bastante en que entretenerse con sus intrigas y su ambicion.

—Pero vd., señor general, contestó el secretario, tendrá probablemente la mayoría de sufragios para la presidencia, y entonces podrá remediar los males que se temen.

—Es una locura, replicó el general: ¿cree vd. por ventura que en ese palacio, se puede pensar con la libertad que lo hemos hecho en nuestros desiertos? ¿Cree vd. que esa turba de hombres que cerca al gobierno, deja penetrar un rayo de verdad al salon del presidente? ¿Cree vd. que la honradez y la buena intencion, son bastantes para acallar ese torrente de ambicion y aspirantismo? ¿Juzga vd. que la moderacion y lenidad, serian bastantes para destruir el ódio de los partidos y formar de esos bandos que se chocan y se asesinan, una nacion de afectuosos hermanos y de sinceros republicanos? Créame vd., coronel: he pasado por bastantes alternativas en el curso de mi vida militar y política, y he adquirido una sola ciencia cierta é infalible, y es, la de que un hombre que gobierna una nacion sin educacion y sin virtudes, no puede descender del puesto mas que con el oprobio y el desprecio de sus conciudadanos. Si cumple exactamente con la ley, lo llaman tirano; si adopta el partido de la lenidad, lo tachan de imbécil. Cada partido quiere su triunfo exclusivo: cada hombre sus conveniencias é intereses, y el que gobierna no puede saciar tantas ambiciones. En cuanto

á esas pobres gentes, que los modernos publicistas han bautizado con el nombre de *masas*, sufren con paciencia cuantas estorsiones les infiere desde el primer magistrado hasta el grotesco alcabalero; pero esas *masas* arrojan maldiciones sobre el que manda, y esas maldiciones, como un veneno, corroen el corazon y llenan de hiel todos los instantes de la vida.... Este es un presidente; esta suerte se me esperaria á mí, y veria, sin poderlo remediar, perderse á Tejas, á Tejas que me ha costado tantos desvelos y tantas fatigas....

Hubo un momento de silencio en el que ni las moscas se atrevieron á volar.

—..... En cuanto á estos libros y á estos instrumentos, continuó, desviando con desden unos mapas que estaban sobre la mesa, digo á vd., con mi corazon, que no solo nada valen, sino que crian en el alma una ambicion y un orgullo, comparable solo al de Lucifer. Cinco años me ha visto vd. estudiar dia y noche.... y hoy.... nada sé, nada, porque el hombre es muy miserable y muy pequeño; y.... demos punto á estas reflexiones, que me ponen casi fuera de juicio..... Arreglemos estos papeles, porque esta mesa está llena de estorbos, y ademas, nada se pierde con que todo esté en su lugar, porque no sabemos la suerte que correremos en la revolucion: no lo dude vd., la revolucion está al estallar, y Tejas se pierde. Al concluir esta frase, suspiró profundamente, y ambos se pusieron á arreglar los papeles, mapas y libros que habia esparcidos por la mesa.

Por la tarde el general Terán salió á dar un paseo, no quiso ir á la orilla del rio, y así, despues de vagar un rato, vino á encontrarse involuntariamente delante del sepulcro de Iturbide. Se paró, y como una estatua estuvo clavado con los ojos fijos en la piedra que cubria el cadáver del caudillo de la independenciam. Al fin prorumpió en mil exclamaciones: ¡La inmortalidad! ¡Dios! ¡El alma! ¿Qué quiere decir todo esto?..... Pero, bien, todo lo creo; ¿mas por qué el hombre no ha de tener derecho de salir de su miseria y de sus dolores? ¿Por qué ha de estar encadenado eternamente

con una existencia llena de fastidio? Y este espíritu que me anima, que mueve mis miembros, que llena mi cerebro de ideas, ¿dónde irá? . . . Verémos: el espíritu está incómodo, él me manda que lo liberte y es menester hacerlo. De repente se contuvo horrorizado, los cabellos se erizaron en su cabeza, un horrible calosfrio se apoderó de su cuerpo, y un vértigo fatal le acometió, de suerte, que la pequeña iglesia que tenia delante, le pareció que crecía como una fantasma; que el mezquite que estaba cerca, giraba en su derredor, y que un espectro lívido, ensangrentado, crugiendo sus huesos, le decía con una voz espantosa:

"Hé aquí el fin de las grandezas humanas y el término de la ambición!"

Cuando Terán entró en su casa, estaba pálido y algunas gotas de sudor helado caían por su frente.

El coronel Noriega le dijo:

—Señor general, parece que está vd. enfermo.

—Es poca cosa, amigo mio. Un ligero desvanecimiento me acometió, pero va calmándose. El asistente le trajo un vaso de agua y bebió unos tragos.

Cerca de las nueve se acostaron todos. A la media hora un ligero quejido es escuchó; el coronel Noriega dijo desde el catre en que estaba acostado:

—¿Sigue vd. enfermo, señor?

—No es nada, me siento bueno. Sin duda estaria soñando. El general se habia metido entre las costillas media pulgada de un estoque; pero temiendo comprometer á los que dormían en su cuarto, desistió por entonces de su idea.

A la mañana siguiente salió á las siete, muy en silencio, dió una vuelta por la plaza, y encontrando en la puerta del cuartel á un cabo de la compañía presidial de Aguaverde, le dijo:

—Si tu general muriera, ¿qué harían vdes?

—Otro reemplazaria á V. E., le contestó el cabo con una rústica sencillez.

Esta respuesta lo confirmó en su propósito, y dando algu-

nas vueltas y revueltas para no ser visto, se dirigió detras de una pared arruinada que estaba frente á la iglesia; allí apoyó el puño de su espada contra una piedra y la punta contra el corazón. Hizo un esfuerzo, sus ojos se cubrieron de una nube sangrienta, vaciló un momento, exhaló el último y doloroso quejido, implorando sin duda la misericordia Divina, y cayó sin vida traspasado de parte á parte con la espada.

Por la noche, cuando la única y triste campana de Padilla daba el toque de ánimas, un cadáver lívido, cubierto con un lienzo blanco, estaba tendido en medio de cuatro velas en el salon en donde el congreso de Tamaulipas, decretó la muerte de Iturbide.

Era el valiente patriota, el hábil político, el profundo matemático, el Excmo. Sr. general de division del ejército mexicano, D. Manuel de Mier y Terán.

MANUEL PAYNO.